

LAS CÁMARAS DE LA DIVERSIDAD - GIRA 2010 – Elaborado por el equipo de Asociación NOMADAS

La Gira “Las Cámaras de la Diversidad Nómadas 2010” se inaugura en Paraguay

Después de un largo viaje de 5 días desde Lima (Perú), pasando por el Lago Titicaca, La Paz y Santa Cruz de la Sierra (Bolivia), la camioneta de Nómadas, en la que viajan alrededor de 30 películas producidas por indígenas de América Latina y Canadá, llegó al Lago Ypacaraí (Paraguay), coincidiendo con el *Encuentro Alternativas de difusión y distribución en la creación cinematográfica indígena y comunitaria* organizado por la UNESCO.

La primera función de esta gira suramericana se realizó en la población de Loma Grande, donde gracias al apoyo de la Municipalidad, asistieron alrededor de 80 niños y niñas de las comunidades aledañas que pudieron disfrutar de cortometrajes como “Taina Kan, La Gran Estrella”, de Brasil, o el documental “Vamos a Jugar”, de México, que muestra juegos tradicionales mexicanos, como son la timbomba, el balero, el trompo, las canicas y el tinjoroch.

Al día siguiente, la pantalla inflable de 7 metros en la que se proyectan las películas se trasladó al otro lado del Lago Ypacaraí, concretamente a la ciudad de Areguá, donde nuestros amigos del Centro Cultural “El Cántaro” nos abrieron sus puertas para compartir con la población una noche de cine de ficción y documental, que a pesar del frío, congregó a más de 100 personas.

El cine indígena y comunitario llega a las comunidades Tobaqom en el Chaco paraguayo

Tras nuestro paso por la capital paraguaya, nos dirigimos al desierto del Chaco donde nuestra primera parada fue en Cerriteño, una comunidad Tobaqom situada a unos 40 kilómetros de Asunción, donde la mayoría de la población únicamente habla Tobaqom y Guaraní.

Nos cuenta Sergio Caballero, el profesor de la Escuela, que Cerriteño se fundó el 1972, cuando los franciscanos decidieron ceder a la comunidad varias hectáreas de tierras para que se instalaran. En Cerriteño no hay cine, y tampoco internet, únicamente algunas casas cuentan con televisores y lectores de DVD.

Es por esto que la llegada del cine tuvo un gran impacto entre la población, y el 80 por ciento de los habitantes del lugar (alrededor de 250 personas) se acercaron a ver las películas. Lo que más gustó fue “Tainá Kan, La Gran Estrella”. Algunos espectadores nos comentaron que ellos tenían leyendas muy parecidas relacionadas con las estrellas y la agricultura.

Al día siguiente nos acercamos a la escuela para entrevistar a algunos niños y niñas con el apoyo del profesor para la traducción al Tobaqom. Muchos de ellos comentaban que les había gustado mucho las películas pero que les gustaría ver algo también en su idioma materno.

Lo mismo nos sucedió cuando llegamos a la comunidad de Rosarinos, también Tobaqom, que se encuentra a 1 kilómetro de Cerriteño y que también fue fundada en 1972. Gran parte de la población solo habla Tobaqom y les fue difícil comprender todas las películas. Sin embargo, el cine también tuvo mucha acogida y se congregaron frente al Centro de Artesanía Comunitaria, alrededor de 280 personas, de todas las edades.

Después de ver “Vamos a Jugar”, de México, “Cifras”, de Wakiponi (Canadá) y otros documentales, llegó el momento de la película de “Rosarinos”, que eran las imágenes que cada día el equipo de Nómadas graba para proyectarlas en la misma comunidad. Una vez terminada la función, se dejó en la escuela una copia de estas imágenes.

Cuando nos fuimos de estas comunidades Tobaqom, la población nos preguntó cuándo íbamos a regresar, ya que les gustaría ver cine con más frecuencia. “Quien

sabe”, -comentó uno de los pobladores-, “si algún día podemos hacer nosotros una película en Tobaqom y mostrarla en otros países”.

Cine con Armonía

Llegamos hasta el cruce Los Pioneros siguiendo una ruta que siempre parece ir en línea recta. La carretera escupe nubes de polvo a nuestro paso y la ventanilla del carro filtra un aire tibio y denso: un día más, el Chaco nos da los buenos días. Reservamos cinco cenas en un parador junto al hotel y vamos hacia el próximo destino: la comunidad Armonía.

Un sendero de tierra nos conduce hasta una explanada terrosa donde apenas se distinguen dos casas elaboradas a base de madera y tejado de zinc. “*Por acá*”, nos dice Eusebio, un comunicador de la comunidad Englet que nos acompaña durante la gira.

Es la primera vez que vemos una comunidad así: las casas están tan separadas unas de otras que no conseguimos divisar ninguna más allá de la Iglesia. Mientras localizamos los enchufes, un lugareño viene a saludarnos en caballo. “*¿Puedo montarlo?*”, pregunta Aldo, y de repente podríamos estar en cualquier lugar que no fuera una comunidad indígena del Chaco. Nos quedamos boquiabiertos observando el galope del caballo, como si estuviéramos en un desierto, en una granja de tierra aislada de cualquier carretera.

Suena música de Orishas y el sol se oculta detrás de ninguna montaña. La pantalla se infla, el calor amaina y lentamente Armonía parece despertar. Todavía no hemos terminado de alinear los bancos y una señora acude a mí para darme la mano. Le pregunto si vino a ver la película. Asiente con la cabeza y sonríe. No creo que podamos aprender a sonreír como lo hacen estas mujeres: desde dentro. “*A ver, sí, a ver qué es*”, me responde, mientras sus amigas se sientan junto a ella y me ofrecen también sus manos. A todos.

La sala de cine toma forma, se va dibujando con las notas de la música electrónica y, de repente, el sonido de un tractor atrae nuestras miradas. Arrastra un remolque interminable y se instala, sigiloso, en la parte trasera de los bancos. Sobre él, las siluetas de los niños con las piernas colgando. Y miramos encandilados ese palco de lujo; una platea de niños y el trasiego de sus risas tímidas, sus murmullos de vergüenza, la impaciencia.

Un señor entorna la mirada con las cicatrices del poeta guaraní Brígido Bogado, y la animación de Brasil “Taina Kan” despierta guiños al remitir a una vieja leyenda guaraní. Hay unas 200 personas, aproximadamente la mitad de la población de Armonía y nos sentimos totalmente satisfechos del resultado. Algunos niños bailan con Zezé, con Carlito Marrón, con cualquier dibujo animado.

Al terminar, siguen teniendo sed de cine, así que repetimos el corto favorito para despedirnos, y un beso. De nuevo, nos ofrecen sus manos para decirnos adiós. Armonía nos deja un sabor de boca auténtico, humilde, sencillo, las ganas de regresar donde la gente te abre los brazos.

Las Cámaras de la Diversidad llega al Cruce Los Pioneros y a una comunidad guaraní de Filadelfia

Tras nuestro paso por la comunidad de Armonía, nos dirigimos al Cruce Los Pioneros, una pequeña población situada en la misma carretera Transchaco, donde viven diferentes poblaciones guaraníes. Allí coordinamos con el director de la Escuela, el profesor Crescencio, quien nos dejó compartir con sus alumnos sus actividades escolares y hacer una grabación.

La canchita del colegio fue el lugar escogido para la proyección. Al principio se asomaron un grupo de niños, pero luego poco a poco el espacio se fue llenando de sillas y bancas donde tomaron asiento gran parte de la población de la comunidad, alrededor de 280 personas.

Las imágenes de “La Travesía de Chumpi”, de Fernando Valdivia (Perú), impactaron mucho entre el público, siendo una de las películas que más gustaron. También

coincidieron los jóvenes de la localidad en afirmar que “Taina Kan, La Gran Estrella” (Brasil) les recordaba mucho a una de sus leyendas guaraníes.

Era viernes por la noche, por lo que la población no tenía prisa para irse a descansar y nos pedían una y otra vez un cortometraje más, tanto así que la proyección casi duró 3 horas. Al día siguiente le dejamos al director del colegio una copia en DVD de las imágenes que habíamos grabado de la comunidad, y con una sonrisa nos comentó: “Esto les va a emocionar mucho a los estudiantes”.

Al día siguiente, sábado, nos dirigimos a la ciudad de Filadelfia, una localidad situada a más de 400 kilómetros de Asunción, donde “conviven” menonitas y diferentes pueblos indígenas, como los guaraníes, los nivaclé y los ayoreo. Los menonitas llegaron a estas tierras en 1927, cuando fueron expulsados de Europa y de Canadá, y a su llegada crearon la SOCIEDAD COOPERATIVA COLONIZADORA CHORTITZER KOMITEE LTDA, desplazando a los pueblos indígenas que llevaban viviendo allí durante cientos de años.

En Filadelfia nos encontramos con Crescencio Cáceres, un líder comunicador indígena guaraní que nos acompañó a su comunidad, donde hicimos la proyección de las películas de Las Cámaras de la Diversidad en la cancha de fútbol, congregándose unas trescientas personas.

El cortometraje del poeta guaraní Brígido Bogado gustó mucho entre el público, así como “Cifras” de Wapikoni y las imágenes que Aldo estuvo grabando durante el día en la misma comunidad: desde las mujeres jugando a *voleyball*, hasta los más pequeños que corrían hacia la camioneta para recoger su afiche o el momento en que se inflaba la pantalla de nómadas.

Proyección de películas en Uhje Llavos y Santa Teresita

Cuando conocimos Uhje Llavos por la mañana, volvimos a confirmar que aquellas comunidades indígenas, asentadas a menos de 5 kilómetros de la extraña urbe de Filadelfia, eran el retazo más auténtico de la zona. Filadelfia se nos parecía, cada vez más, a un puzzle de casas ordenadas y asépticas, un lugar vacío y desinfectado, poblado por menonitas difíciles de ver.

Uhje Llavos nos recibió con impaciencia. En cuanto llegamos, un grupo de niñas nos acompañaron hasta el electricista de la comunidad. “Qué chévere que nos acompañen” “¿Qué significa *chévere*?” Y las niñas nos cuentan que bailan en la escuela, que nunca han visto cine, y que en la comunidad viven unas 3000 personas. Localizamos el tinglado donde va a ser la función, y los niños nos siguen donde nos movamos. Cuando la pantalla se infla, les aconsejamos que se coloquen delante para ver mejor el espectáculo. Y las niñas nos preguntan a qué hora bailarán. La más avispada nos trae un disco de música paraguaya, pero más tarde cambian de idea y se deciden por una canción de Xuxa.

Entre las películas, estrenamos el *reel* de Nómadas, rematado por Laly unos días antes. Parece que nos sumamos a un sentimiento colectivo al verlo; es como si fuera la primera vez y casi puedo tocar una ráfaga de orgullo en el aire, la sensación de un camino recorrido en equipo, los aplausos de nosotros mismos cuando termina.

Y bailan las niñas. La sincronización no es su fuerte, pero no importa. Aldo captura imágenes de ellas para sumarlas a la esperada película de la comunidad, que más tarde pasamos ante todos. Dicen que cuando hay buena energía en el aire, todo fluye solo. Creo que eso ocurrió cuando pasamos las imágenes. Los niños presentando a su comunidad desde el cartel de la entrada, mujeres descalzas jugando a voley, niños tímidos perifoneando por las calles. Las imágenes se ensamblaron solas, encajando naturalmente con la música que las acompañaba.

“¿Volverán?”, me pregunta una niña mientras le hago una encuesta. Y me regala una pulsera de Paraguay, me da un beso y se despide. La luna en Filadelfia se tiñe a veces de un rojo incandescente, surrealista. Y con esa luna nos despedimos de la última comunidad indígena de Filadelfia.

Santa Teresita

Es nuestra última función en Paraguay. Dejaremos este país que transpira buenas vibraciones donde lo mires y nos adentraremos en Bolivia. Paraguay es un país que promete mucho más de lo que nos ha dejado ver; todos coincidimos en que más allá del árido Chaco, hay un país lleno de sorpresas.

Nuestra última función será en Santa Teresita, una comunidad de Mariscal Estigarribia. Al llegar a Mariscal, conocemos a una pareja de catalanes que terminarán convirtiéndose en *nómadas* espontáneos. Y con ellos nos vamos a la comunidad. La escuela nos recibe bien y nos deja contarles a los chicos que a las 6:30 tendrán una función de cine gratis en el Local Nivaclé. Una de las profesoras de la escuela nos explica que en la zona conviven cuatro pueblos: guaraní, nivaclé, nehlet y los ayoreo. Aunque dimos mucha información del evento en la escuela, la función se llenó de otro público diferente, ya que los cuatro pueblos no están muy integrados. Aún así, nuestro público fue un lujo. Conocemos a Higinio, el hijo de la líder de la comunidad, que nos sorprende a todos con un desparpajo digno de adulto. Higinio tiene apenas 10 años y ya tiene una opinión formada y coherente acerca de la importancia de la integración indígena en Paraguay. “Mi sueño es poder hacer una película sobre la cultura guaraní, para que todo el mundo pueda verlo”.

Jugamos a fútbol, hacemos fotos, y después la función se alarga ante el regocijo de los niños en primera fila. Los chicos catalanes sonrían cuando presentamos la función en cuatro idiomas: guaraní, nivaclé, castellano y catalán. Al terminar, mucha gente nos felicita y nos pide información de la Red de las Cámaras de la Diversidad. No podíamos tener una mejor despedida de Paraguay.

“Las Cámaras de la Diversidad” viajan por Bolivia

Cuando salimos de San Ignacio el pasado miércoles 8 de septiembre, casi besamos el asfalto que deja paso a la trocha. No podíamos creerlo. Habíamos pasado dos largos días literalmente bloqueados en el pueblo. Decenas de personas se habían aglutinado en las dos únicas salidas del pueblo (Trinidad y San Borja) para pedir la dimisión de una concejal que, por lo visto, había despedido sin motivo aparente a una trabajadora indígena. Ni siquiera pudimos coordinar la función en el punto de bloqueo, un evento que podría haber fluctuado entre la provocación y el posicionamiento político. Pero nuestra intención era sencillamente entretener, como siempre.

“Por allá se van a la laguna”, nos dice Samuel, nuestro acompañante boliviano que se unió al equipo en Yotaú. “¿Hay una laguna?”. Y pareció que ese charco nos caía del cielo en el mejor momento. Nos bañamos hasta arrugarnos y, de vuelta en el hotel, nos recibe la noticia de que han deshecho el bloqueo en las salidas. En dos segundos estamos sobre ruedas nómadas y preguntando por el camino a San Borja. Llegaríamos de noche, una vez más, pero teníamos que aprovechar el desbloqueo.

Todos coincidimos en que San Borja es diferente de los pueblos anteriores: Santa Ana era pequeño y pintoresco y San Ignacio, aunque más grande, desprendía un halo de abandono, de antigüedad, muy peculiar. San Borja, en cambio, vibraba. Lo pudimos comprobar esa misma noche cuando, después de dejar las cosas en el hotel, dimos un paseo por la ciudad. Churrasquerías improvisadas, niños en la plaza y bares con mesitas de colores en las aceras. También karaokes, por supuesto. El departamento del Beni está regado de esos maquiavélicos locales de micrófonos y videos *amateurs*.

“Alucinemos donde podría ir la pantalla”, acuerdan Lali y Aldo. Y nos adentramos en el centro de la plaza, enmarcado en una especie de óvalo con árboles alrededor. El día siguiente transcurre entre una mañana tranquila y una tarde de sofocante calor. Acudimos a un colegio donde hacemos difusión del cine. “¡Son hippies!”, se escucha a una niña a lo lejos. Pasamos por las aulas una a una, anunciando la función de esta tarde. En el patio, chicos y chicas ensayan un baile en grupo. Aldo hace navegar su

cámara entre ellos y las niñas sonrían vergonzosas. Maria Eugenia, la directora, nos despide: “*Allá estaremos, esta tarde*”.

Y así fue, desde Ashansu, el primer vídeo de la función, los niños de la escuela no dejaban de preguntarnos cuando pasaríamos “su película”. El reel de la gira fue recibido con atención y curiosidad. “*¿Cómo puedo conseguir una copia de Zezé?*”, nos pregunta el padre de Mell, una niña que merodeaba inquieta entre nosotros desde hacía rato. Le explicamos que no podemos darle copia, pero apuntamos su correo por si podemos informarle cómo conseguirla por otros medios. Con Taina Kan se quedan embelesados, así como con el documental mexicano “*Nos embistieron*”. Samuel presenta las últimas películas y parece que empieza a gustarle el arte del micrófono. Bien por él. La película de San Borja resulta ser un éxito. Tanto así que piden más imágenes. Nos preguntan si regresaremos y tenemos que dar ese enigmático *tal vez* que implica el no saber. Pero ojala que sí, concluimos siempre.

Después de recoger, una cena rápida y al coche para ir rodando hasta Rurrenabaque. De nuevo sobre trocha, otra vez de madrugada, otra vez hacia destino desconocido. Y es quizás en ese momento donde la esencia nómada vuelve a flotar como la primera vez.

De Bolivia a Río Branco. Bem-vindo ao Brasil!

Rurrenabaque sería, sin saberlo, nuestra última función boliviana. Una ciudad tejida para el turismo, sembrada de locutorios, tiendas de artesanía y menús escritos en inglés. Sin duda, empezábamos a extrañar algo más auténtico.

Llegamos hasta Guayaramerín, y nos damos cuenta de que sólo un río nos separa del umbral de entrada a Brasil. Trámites de migración y la aventura de conseguir el consabido cartón (la garantía de que estás vacunado contra la fiebre amarilla) para poder entrar en el país. Pasamos la noche en terreno brasilero con la condición de que al día siguiente dos de nosotros nos vacunemos. Y el lunes, bienvenidos a la pesadilla burocrática. Probablemente, en futuras visitas a Guayaramerín podamos amortizar gastos dirigiendo una de las lanchas que atraviesan el río-frontera, ya que cruzamos a Bolivia unas tres veces en 24 horas. Conseguir la tarjeta de vacunación, un sello en el pasaporte y inspección del coche en la aduana se convirtió de repente en una ginkana a contrarreloj. Todo bajo los efectos de un calor hirviente y húmedo. “*Así que esto es Brasil*”. Guajara-Mirim es la versión brasilera de Guayaramerín. Por fin dejamos atrás el río que nos separa de Bolivia y oficialmente damos la bienvenida al guaraná, la farofa y el portugués.

Al llegar a Río Branco lo primero que hacemos es contactar a Miguel, nuestro nuevo nómada en Brasil. Es italiano pero vive en Brasil desde hace dos años. Dos palabras, tres frases y conectamos todos con él al instante.

Esa misma tarde conocemos el hospital donde montaremos la función. La mayoría de los pacientes provienen de zonas periféricas o de otras ciudades ajenas a Río Branco. Tanto es así que nos topamos con tres mujeres ashaninkas, indígenas peruanas que nos preguntan sobre el viaje con un desparpajo envidiable.

La función se llena de actos improvisados que sin embargo fluyen con la máxima naturalidad. Sergio, con quien Teresa coordinó nuestro itinerario en Brasil, ha venido acompañado de varios directores con sus respectivas películas: Para nosotros es un regalo poder contar con este material autóctono en nuestra primera función. *Debandada* y *Os Trancos e Barrancos* -un corto de ficción y un documental sobre los fazendeiros en el estado de Acre- son recibidos con atención y respeto, al igual que nuestra animación *estrella*: Tainá Kan y los videoclips del Milagro de Candeal.

Sergio nos lleva a cenar al mercado de Río Branco y probamos la farofa, el cupuaçu y la tapioca. Brasil nos ha sentado de maravilla y no vemos la hora de arrancar con una segunda función.

Función en Centro de rehabilitación Caminho do Luz

Es dieciséis de septiembre y llevamos un par de días en Río Branco, Brasil. Como cada día, hace calor y Miguel nos ha llevado a almorzar al mercado. La ciudad es familiar, sencilla, pero al mismo tiempo gotea modernidad y vanguardia por todas partes. En estos días se fusionan eventos de diversidad cultural, fiestas gays y actos de propaganda electoral. Y en medio del torbellino, nosotros, con nuestro cine inflable, que en algún que otro pueblo hemos tenido que subrayar que se trata de cine, solamente, y no de ningún acto político.

Después del mercado, corremos hasta el hotel para ir directos a la comunidad donde hoy día tendremos la función: la comunidad Unión de Vegetal. Una vez allá nos dirigimos hasta el Centro de Rehabilitación Caminho de Luz. Al entrar nos dan la bienvenida unos cuantos niños del centro. “¿A qué hora es el cine?” “¿Ya va a empezar?” Nos traen una botella de agua. Otra más. Y no podemos creer el calor que hace. Probamos nuestro motor para inflar la pantalla, y comenzamos a descargar los parlantes. Finalmente tenemos que proyectar en la pantalla pequeña. Siempre es una pena no poder inflar nuestra pantalla gigante, pero esta vez quedamos bastante satisfechos al ver el espacio: se trata de un pequeño tinglado en la parte trasera del centro. A simple vista no parece gran cosa pero cuando traemos las sillas y colgamos el *ecram* todo se viste de una intimidad especialmente acogedora.

Con el montaje apenas tardamos cuarenta minutos, y alinear las sillas se convierte en toda una dinámica social. “Sí, yo hablo español, he vivido un tiempo en Perú”, dice Claudio. “¿Qué películas van a pasar?” Y mientras le explicamos se nos acercan un par de adolescentes extremadamente educados. “¿Pueden firmarme un autógrafo?”, y nos extienden el afiche de la gira. Evaristo y yo nos encogemos de hombros, nos miramos: “¡Claro!”. Somos celebridades por unos minutos. Junto al tinglado se forma una fila para entrar en el refectorio, una suerte de comedor de donde salen todos con un plato cargado de comida. Cuando nos ven tomando fotos posan burlones para nosotros. Nos invitan a comer, nos preguntan qué nos gusta. El Centro es un lugar variopinto que derrocha buenas vibraciones por todos lados. La gente es desinhibida y alegre, irónica pero bromista. Claudio palpa un tronco trenzado que se endereza en medio del tinglado. “Es ayahuasca. Más tardecito les enseño donde la cultivamos” Nos habla también de las ceremonias y de las actividades en el centro, de las chacras de cultivo, de su historia. No nos equivocamos al pensar que ésta será una buena función.

La sala se llena de hamacas azules y amarillas. La mayoría se sientan pero otros se acomodan en el suelo o en los bancos laterales. Aplauden antes de que empiece. Zezé es recibido no con risas sino con carcajadas, con gritos animando al protagonista. Todos bailan con *la Cholita*. Por primera vez, el público sintoniza con detalles con los que ningún público antes había reaccionado. Son espectadores receptivos, agradecidos, sedientos de más y más películas. *La leche y el agua* se convierte en la película estrella, no sólo ríen en las escasas secuencias cómicas, sino que interpretan, comentan, aplauden. Trancos e barrancos también es bien recibido, eso sí, en el registro de seriedad que exige el film. En este caso, todos siguen con suma atención los datos que va lanzando la película. Es provocadora, y estamos seguros de que todos agradecen que pasemos un film como éste.

Tras la función, se forma un coloquio en torno a nosotros. Preguntas sobre las películas, más autógrafos, y chistes sobre la vaca de *La leche y el agua*. Agradecidos es poco. No tenemos palabras para el público de hoy.